

## PRESENCIA DE BUENOS AIRES EN *EL JOROBADITO*, DE ROBERTO ARLT

Roberto Arlt no ha perdido vigencia, no ha perdido actualidad<sup>1</sup>, a pesar de los treinta años que nos separan de él<sup>2</sup>. Antes bien sentimos interés por releer sus cuentos, y muy especialmente aquellos reunidos en el volumen titulado *El jorobadito*, entre los que figura «Noche terrible». Y lo hacemos y nos reencontramos con ese mundo inconfundible de Roberto Arlt. El heterogéneo cuadro de sus cuentos no es luminoso; por el contrario, nos ofrece un panorama sombrío, enfermo, triste. Para penetrar en él sírvanos de guía el propio autor. Si se leen con detenimiento las palabras con que dedica el libro a su primera esposa<sup>3</sup>, Carmen Antinucci, encontramos en ellas un contenido definidor. La dedicatoria es como sigue: «Me hubiera agradado ofrecerte una novela amable como una nube sonrosada, pero quizá nunca escri-

---

<sup>1</sup> Varios hechos coincidentes en esta actualización de Roberto Arlt y de su obra podrían anotarse: a) La puesta en escena de su comedia dramática *Save-río el cruel* en el Teatro Sarmiento; b) El crítico Atilio Dabini, al ocuparse en *La Nación* (13 agosto 1967) del libro de Mallea *La barca de hielo*, dijo en uno de sus párrafos: «Eduardo Mallea y Roberto Arlt adquieren, como narradores, una especial ejemplaridad; en cierto modo marcan los extremos dentro de los cuales queda comprendida mucha narrativa argentina. Son opuestas como tono (elaborado y literario en Mallea; hablado, inmediato, a veces pediodístico en Arlt), como elección de personajes, como ideología social; pero hay algo vital que los acomuna, y es que en ambos identificamos una actitud que podríamos definir existencial, mucho antes de que el existencialismo se formulara como definición literaria. En los dos tal actitud tiene proyecciones distintas, pero en uno y otro nace de sentir el momento mismo del país; c) Por su parte, Zulma Núñez, en conferencia en el Atenco de Buenos Aires (30 septiembre 1967), titulada «Roberto Arlt, cronista de la ciudad», habló de este aspecto del escritor.

<sup>2</sup> Roberto Arlt murió en Buenos Aires el 26 de julio de 1942.

<sup>3</sup> Muerta su primera esposa en 1940, Arlt contrajo nuevas nupcias con Elizabeth Mary Shine.

biré obra semejante. De allí que te dedique este libro trabajado por *calles oscuras y parajes taciturnos* en contacto con gente terrible, triste y somnolienta. Te ruego lo recibas como una prueba del gran amor que te tengo. No repares en sus *palabras duras*. Los seres humanos son más parecidos a *monstruos chapoteando en las tinieblas* que a los luminosos *ángeles de las historias antiguas*.

Por eso no encontrarás aquí doradas palabras ni verás asomar el pie de plata de la felicidad; pero tú, que eres comprensiva y tan amiga mía, recíbelo como recibiste mis otros libros, escritos bajo tu mirada pensativa.

Tu agrado será mi mejor premio.»

Analicemos por separado cada una de las expresiones con que el propio autor caracteriza su obra: «Calles oscuras y parajes taciturnos». Roberto Arlt es el intérprete de la ciudad, su cronista; la describe y la siente; pasea por sus calles y las gusta. A fuer de porteño cabal, está entrañablemente ligado a ella, y «su» ciudad, la selva de ladrillos y cemento, como él se complacía en llamarla, se le entrega generosa, sin guardarle secretos. Entreabre sus puertas para que este singular observador descubra en los seres humanos los mil temas que cada uno de ellos encierra y los analice, los disgregue, se los apropié. ¿Quién habría sentido como él ese raro e intenso hechizo de la calle Corrientes, «cogollo porteño, corazón de la urbe, la verdadera calle»? Buenos Aires atrae, atrae siempre y a pesar de las distancias. Así lo declara uno de sus personajes, internado en el tercer piso del Pabellón Pasteur en el Sanatorio de Tuberculosos de Santa Mónica y obseso, por más de un motivo, con la capital: «Y Buenos Aires que está tan lejos..., tan lejos...» Hasta para morir sería ese el sitio elegido. «Dan ganas de matarse, pero de ir a matarse allá, a Buenos Aires... en el umbral de su puerta»<sup>4</sup>. Y en las largas noches de aquel sanatorio, donde el individuo pasa a ser sólo un número —Siete, vaya a acostarse, dirá el enfermero—, la mirada dirigida hacia el Sur refleja el pensamiento fijo, machacón, persistente: «Allá, a ochocientos kilómetros está Buenos Aires.»

No obstante, la ciudad que Roberto Arlt nos presenta no es la ciudad admirable, brillante, aristocrática —capitalista, diría él—. Es la ciudad, en cambio, de los barrios apartados, la de calles apestadas a tedio dominguero, la de fachadas grises, la de casas con lóbregos zaguanes que abren sobre veredas anchas, o la de callejuelas solitarias

<sup>4</sup> ROBERTO ARLT: «Ester Primavera», en *El jorobadito*, Editorial Losada, S. A., Buenos Aires, 1958, pág. 60. Las demás citas textuales corresponden a esta edición.

que no han recibido aún el beneficio del empedrado, pero a cuya vera aparecen ya humildes construcciones, levantadas trabajosamente sobre el terreno comprado a plazos, en inacabables mensualidades. En «Pequeños propietarios», Joaquín, el corredor tuerto, y Cosme, el albañil tosco y morrudo, envidioso cada uno de la mezquina prosperidad del otro, sueñan con aniquilarse recíprocamente «en la esquina lúgubre de su casa, con los desperdicios de basura en la vereda de tierra y el farol de nafta iluminando con su luz amarilla un círculo...»<sup>5</sup>. Pero la magia de Arlt nos transporta también en sus relatos al Buenos Aires del centro, ese que se torna horrible en las tardes del sábado; ése por donde todavía circulaban «los tranvías amarillos que rechinan en las curvas sin lubricar» y donde «ómnibus verdes trepidan sordamente lienzos de afirmados y cementos»; ese que con el centelleo multicolor de sus carteles luminosos aviva un cielo pocas veces diáfano.

Bajo este cielo «sucio, borroso» discurren esos personajes «más parecidos a monstruos chapoteando en las tinieblas que a los luminosos ángeles de las historias antiguas».

En el primer cuento del libro que comentamos, el personaje central dice: «Desde mi tierna infancia me llamaron la atención los contrahechos», y elige precisamente al jorobadito como instrumento para afrontar a su novia, de cuya sinceridad duda. Cabría preguntarse aquí si la calificación de «contrahechos» atañe sólo al físico, ya que en la galería de seres creados o recreados por Arlt aparecen deformaciones morales de variada índole. ¿Ama el autor a estas criaturas suyas? Ha dicho él públicamente: «A mí, como autor, estos individuos no me son simpáticos. Pero los he tratado, y todo autor es esclavo de sus personajes porque ellos llevaban [sic] en sí verdades atroces que merecían ser reconocidas.»

En efecto, verdades descarnadas, crudas son las que nos revelan estos especímenes extraídos de un socavón de infrahumanidad. No en vano el verbo «hundirse» cobra en su lenguaje lamentable fuerza; sus vidas son un continuo degradarse sin salvación, sin redención conjeturable. Oigamos sus propias palabras: «No te diré nunca cómo fui hundiéndome, día tras día...», y más adelante, «Me faltan fuerzas para escaparme a ese engranaje perezoso, que en la sucesión de las noches me sumerge más y más en la profundidad de un departamento prostibulario, donde otros espantosos aburridos como yo soportan entre los dedos una pantalla de naipes y mueven con desgana fichas negras o verdes, mientras que el tiempo cae con gotear de agua en el sucio

---

<sup>5</sup> «Pequeños propietarios», pág. 85.

pozal de nuestras almas»<sup>6</sup>. Casi todos conocen su ineluctable impotencia y su insuperable debilidad para realizar la promesa que cada hombre encierra en sí mismo. Al hundirse nos arrastran a regiones de perversión, de envilecimiento. No olvidemos que otro libro de Arlt, *El juguete rabioso*, debió llamarse *La vida puerca*, título tal vez menos elegante pero sin duda más esclarecedor. Este no realizarse, este fracaso ante la vida, determina en ellos una actitud agresiva que se traduce en acre escepticismo, melancólica desesperanza y profunda sensación de soledad. ¿Podrá verse ya en todo esto un análisis anticipado de la mentada incomunicación de nuestros días? ¿Sería Arlt un precursor? Dejemos hablar a sus personajes. En un diálogo con Eugenio Karl, a quien ha invitado a tomar el té en su casa, en ausencia de su marido, Leonilda dirá:

«—Usted no cree en nada.

—¿Quiere que crea en usted, Leonilda, acaso?», será la tajante respuesta del interlocutor, que añade en seguida: «Todos somos hombres buenos. Pero de cada uno de nosotros se burla alguna mujer, de cada mujer en alguna parte se burla un hombre»<sup>7</sup>. Este descreimiento no se detiene ante el amor, cuya generosidad no entiende. Para los personajes de Arlt los gestos de amor serán siempre interesados. El hombre ve en toda mujer una trampa tendida en procura de esa solución honorable y apetecida que es el matrimonio. Con éste ella concretará el violento anhelo, durante largos años acariciado y exacerbado de tanto en tanto por la noticia del casamiento de una amiga. En más de uno de los relatos se plantea la antinomia amor-matrimonio. En «El traje del fantasma», por ejemplo, Gustavo Boer, «un imaginativo poético», se reprocha su conducta irregular y piensa que si en lugar de ser eso «hubiera sido un hombre respetable, un hombre que gastara calzoncillos de franela», otra hubiera sido su suerte, y en lugar de encontrarse, como le ocurre en ese momento, en un acorazado fantasma, podría estar cómodamente «en una mesa de café, tomando el vermut en compañía de dos respetables señores que le hablarían del estado de sus respectivas esposas o del engorde paulatino de sus primogénitos»<sup>8</sup>.

En «El jorobadito», el protagonista nos dice que el casamiento lleva al hombre a una vida sórdida, sin ideales, rutinaria, que estruja la personalidad del individuo bajo el peso de las obligaciones económicas y que lo aferra a un aburrido engranaje del cual ya no podrá

<sup>6</sup> «Las fieras», pág. 90.

<sup>7</sup> «Una tarde de domingo», págs. 117-118.

<sup>8</sup> «El traje del fantasma», págs. 134-135.

zafarse jamás. No entiende tampoco, por consiguiente, los halagos de la paternidad. «Yo no he podido concebir jamás ese orgullo, y si experimento un sentimiento de vergüenza y de lástima cuando un buen señor se entusiasma frente a mí con el pretexto de que su esposa le ha hecho 'padre de familia'. Hasta muchas veces me he dicho que esa gente que procede así son simuladores de alegría o unos perfectos estúpidos»<sup>9</sup>. Sin embargo, sabemos por declaraciones de su hija, Mirta, que Arlt supo ser padre cariñoso.

Pero quien hace las apreciaciones más cáusticas sobre el matrimonio es Ricardo Stepens. En esa «Noche terrible», la última de su noviazgo, acompaña a su novia, Julia, y mientras le dice sin reparos que ella lo dominará, pues tiene «el temperamento de mujer que se necesita para tiranizar a un hombre de tan poco carácter como el suyo», piensa, «Julia se casaría conmigo aunque fuera un asesino porque lo que necesita ella no es un determinado hombre, sino el hombre». Se encarna con la mujer que lo ha atrapado (vuelve la idea de la trampa) poniendo en juego una sensualidad repugnante. Este dominio le aterrará: nace en él la idea de la fuga. Aunque se siente un canalla y un monstruo por haberla concebido, no deja de regocijarse siniestramente pensando en las consecuencias que su determinación desencadenará. Lo que hará es criminal y él lo sabe; varias veces se ha repetido: «Es casi lo mismo cometer un crimen.» Los personajes de Arlt tienen conciencia de su maldad, pero son incapaces de librarse de ella. Las circunstancias los envuelven y los dominan. Con cínicos razonamientos Ricardo Stepens trata de justificarse ante sí mismo y concluye pensando que es un hombre lógico, sensato, prudente. Por serlo huye del matrimonio al que pudo ser arrastrado por las astucias de Julia, su madre, su hermano, el amigo de su hermano, sumadas a las opíparas comidas que le ofrecían y al mimo con que le trataban. Sólo porque veían en él una «larva de marido» para la «nena». En esta realidad abultada que se nos presenta, la deducción surge inevitable: «casarse es una forma de suicidarse».

Este escepticismo exagerado —vicio peligroso— deja al individuo vacío de ideales, de esperanza. Si pretendiéramos buscar una trabazón entre los personajes arltianos descubriríamos tal vez entre ellos las soldaduras de la desesperación o, mejor aún, de la desesperanza. Prevalece en ellos una filosofía destructiva que los inhibe para la lucha, pues piensan que «al final del camino se encuentra como todo premio un sepulcro profundo y una nada infinita».

---

<sup>9</sup> «El jorobadito», pág. 19.

Tal la conclusión a que llega el escritor fracasado, aquel que esconde un intenso drama, aquel que tuvo también veinte años prometedores de «la gloria de una obra inmortal» y la sonrisa del hombre que presiente el triunfo próximo; pero que, frente a su temprana e insospechada frustración, rumia con refinada malignidad el modo de enturbiar la vida de los otros. «¡Cuánto he cavilado para asombrar a mis prójimos buscando una fuente de la cual extraer recursos que si no podían hermosear la vida a los hombres, al menos pudieran amargársela!»

Comprende su fracaso pero se resiste a admitirlo. «Sé que no soy nada, pero no puedo resignarme a la evidencia.» Siente la amargura de la esterilidad, deambula como cadáver viviente, llevando en lugar de «un corazón jugoso una fruta amarilla más ácida que un membrillo» y vomitando palabras cargadas «de cierto hedor de leche cortada».

Rota la voluntad, falto de ese sostén, se desmorona, cae, se hunde; ya no se siente humanamente nada. Como éste, muchas criaturas de Arlt «necesitarían los años de otra vida para llorar su existencia despedazada» que pretenden enterrar en odio, antipatía, indiferencia. Esas almas «taciturnas de pecados» viven inmersas en la más infinita soledad: si se reúnen formando «grupos armoniosos de fracasados» es porque la soledad los espanta. No hay diálogo posible entre ellos. Las conversaciones languidecen a poco de iniciadas. ¿Es que no tienen nada que decirse o callan para no descubrir el fondo canallesco de cada uno? Apenas intercambian palabras; un silencio cómplice, hostil, «Es el vaso comunicante por el cual nuestra pesadilla de aburrimiento y angustia pasa de alma a alma con roce oscuro». Tal vez flota en el ambiente algún recuerdo; tal vez evocan alguna esquina de Buenos Aires; tal vez Corrientes y Talcahuano; tal vez... En estos ex hombres, que viven aislados entre los hombres, el valor de la vida y de la muerte pierde quilates. Les parece «que valen menos que la colilla del cigarrillo que fuman tristemente». Es que se han encontrado con la «soledad», con esa soledad interior, con «ese desierto del alma humana, liso y gris» que invalida todo propósito de superación.

Como intérpretes de tan ácido subjetivismo nacen aquellas «palabras duras» a que aludía el autor. Estos personajes necesitan expresarse brutalmente, decir con desenfado lo que los sentidos o el sexo les inspiran. No se detienen ante prejuicios de educación burguesa, ni respetan la ilusión (a la que tantas y tantas veces dejan maltrecha); ni se elevan, idealizándolo, sobre lo material, tremendamente humano. Y acordes con esa atmósfera moral, aparecen, en medio de los giros más castizos a los que se mezclan porteñísimas expresiones lunfardas,

las frases insólitas, desconcertantes, que tienen «la violencia de un cross a la mandíbula». Se ha dicho que la literatura actual es exhibicionista; entre sus propósitos figura el de sorprender al lector con la efusión inesperada, sacudirlo, aguijonearlo. Pensamos que de esto también se encuentran ya huellas inconfundibles en nuestro autor.

En una charla reciente, Zulma Núñez, periodista argentina que en el diario *El Mundo* fue compañera de «El torturado», decía que lo había visto llorar por la suerte de sus personajes. Si tan compenetrado estaba con ellos, es porque reflejaban su propia intimidad y fueron los encargados de dar a conocer su acerba protesta contra la sociedad que lo rodeaba y en la que vivió siempre disconforme. Pero lo cierto es que con sus «palabras duras» estos seres «más parecidos a monstruos chapoteando en las tinieblas que a los luminosos ángeles de las historias antiguas» conforman en medio de «Calles oscuras y parajes taciturnos», relatos difíciles de olvidar. Y al decir esto evocamos en especial modo, ya la dolorosa frustración de «Escritor fracasado», ya el desgarrado gesto de «Ester Primavera» ante la contundente evidencia, ya la insensibilidad y el acostumbramiento progresivo al mal de Cipriano, Guillermito el Ladrón, Uña de Oro, el Relojero o el Pibe Repollo en «Las fieras»; ya el incontenido escepticismo de Eugenio Karl en «Una tarde de domingo» o el razonado cinismo de Ricardo Stepens en «Noche terrible».

ROBERT M. SCARI

Universidad de California. Davis (EE. UU.)